

## CONSTITUCIÓN DE LA IDEA CALIDAD EN EL MARCO DE COMPRENSIÓN DEL ENFOQUE SOCIOFORMATIVO PARA EL DESARROLLO DE LA POLÍTICA EDUCATIVA

**David Federico Diaz<sup>1</sup>**  
dafedis@hotmail.com  
**ORCID:** <https://orcid.org/0009-0000-2472-9611>  
**Secretaría de educación de Cansare,**  
Colombia

**Recibido: 15/11/2024**

**Aprobado: 05/02/2025**

### RESUMEN

La constitución de la calidad educativa en el marco del enfoque socioformativo se presenta como un elemento clave para el desarrollo de políticas educativas efectivas y pertinentes. Este enfoque reconoce que la educación no solo debe centrarse en la transmisión de conocimientos, sino también en la formación integral del individuo, considerando su contexto social, cultural y emocional. Por tal motivo, el presente artículo se enmarca en la idea de analizar la constitución de la idea de calidad en el marco de comprensión del enfoque socioformativo para el desarrollo de la política educativa. Para alcanzar tal fin, se utilizará una metodología cualitativa desde un texto tipo ensayo. En tal sentido, como resultado se logra asumir que el enfoque socioformativo implica una revalorización del rol del docente como mediador y facilitador del aprendizaje, lo que requiere una formación continua y un compromiso con prácticas pedagógicas innovadoras. Las políticas educativas que se desarrollen bajo este marco deben contemplar estrategias que fortalezcan la capacitación docente y promuevan entornos colaborativos entre educadores, estudiantes y comunidades. Esto no solo mejora la calidad de la enseñanza, sino que también asegura que las instituciones educativas sean espacios inclusivos donde se respeten y valoren las diversidades.

**Palabras clave:** Calidad educativa, pedagogía, procesos formativos.

---

<sup>1</sup> Formación docente en pregrado y postgrado. Desarrollo laboral en el área de la docencia. Doctorado en Educación.

## CONSTITUTION OF THE IDEA QUALITY IN THE FRAMEWORK OF UNDERSTANDING OF THE SOCIO-TRAINING APPROACH FOR THE DEVELOPMENT OF EDUCATIONAL POLICY

### ABSTRACT

The constitution of educational quality within the framework of the socio-formative approach is presented as a key element for the development of effective and relevant educational policies. This approach recognizes that education should not only focus on the transmission of knowledge, but also on the comprehensive training of the individual, considering their social, cultural and emotional context. For this reason, this article is framed in the idea of analyzing the constitution of the idea of quality in the framework of understanding the socio-formative approach for the development of educational policy. To achieve this goal, a qualitative methodology will be used from an essay-type text. In this sense, as a result, it is possible to assume that the socio-formative approach implies a reevaluation of the teacher's role as a mediator and facilitator of learning, which requires continuous training and a commitment to innovative pedagogical practices. Educational policies developed under this framework must consider strategies that strengthen teacher training and promote collaborative environments between educators, students and communities. This not only improves the quality of teaching, but also ensures that educational institutions are inclusive spaces where diversities are respected and valued.

**Keywords:** Educational quality, pedagogy, training processes.

## DESARROLLO

El concepto de calidad educativa es, sin duda, uno de los más debatidos y complejos en el ámbito educativo. Su polisemia y las múltiples interpretaciones que se le han atribuido a lo largo del tiempo reflejan la diversidad de contextos y realidades en los que se aplica. Según Casanova (2012) y Rodríguez (2010), esta ambigüedad ha llevado a que, en muchas ocasiones, la calidad educativa se asocie exclusivamente con resultados académicos medibles, como calificaciones o tasas de graduación, mientras que se descuidan aspectos fundamentales relacionados con la formación integral del estudiante y su vinculación con la sociedad. Esta visión reduccionista puede limitar el potencial transformador de la educación al no considerar el desarrollo de competencias sociales, emocionales y éticas.

A lo largo de la historia, el concepto de calidad educativa ha evolucionado y ha tomado diferentes formas y significados. Granja (1998) y Navarrete-Cazales (2017) destacan cómo este término ha sido influenciado por diversos factores socioculturales, políticos y económicos. En sus inicios, la calidad educativa se centraba principalmente en aspectos estructurales, como la infraestructura escolar y los recursos materiales disponibles. Sin embargo, con el tiempo, se ha ido reconociendo la importancia de los procesos pedagógicos, la formación docente y el contexto en el que se desarrolla la enseñanza. Este cambio de enfoque es crucial para entender cómo se ha constituido el concepto de calidad educativa en diferentes momentos históricos. Según Casanova (2012):

El concepto de calidad educativa es polisémico y tiene múltiples interpretaciones lo que explica que se utilice en algún sentido para dar cuenta de resultados académicos y descuide los procesos asociados a la formación integral y de vinculación con la sociedad. Se considera que el clarificar y consensuar un concepto de calidad educativa considerando los retos de la sociedad del conocimiento, permitirá orientar la transformación de los procesos de gestión curricular y de las prácticas de formación, trascendiendo la simulación que es tan común en la actualidad por la falta de apropiación de un significado amplio de calidad (p. 19)

La necesidad de clarificar y consensuar un concepto amplio de calidad educativa es especialmente relevante en el contexto actual, caracterizado por los retos que plantea la sociedad del conocimiento. Tobón (2013) argumenta que estos desafíos requieren una reconfiguración de los procesos educativos para preparar a los estudiantes no solo para enfrentar un mundo laboral cambiante, sino también para ser ciudadanos críticos y comprometidos. En este sentido, una definición más inclusiva de calidad educativa debe abarcar no solo los resultados académicos, sino también el desarrollo integral del individuo y su capacidad para interactuar positivamente con su entorno social.

La transformación de los procesos de gestión curricular es un aspecto clave para avanzar hacia una comprensión más holística de la calidad educativa. Esto implica revisar los contenidos curriculares, las metodologías empleadas y las evaluaciones utilizadas para medir el aprendizaje. Al adoptar un enfoque centrado en el estudiante que fomente habilidades críticas como el pensamiento analítico, la creatividad y la colaboración, se puede contribuir a una educación más significativa y pertinente. Además, es fundamental involucrar a todos los actores educativos en este proceso transformador.

Sin embargo, uno de los principales obstáculos para lograr esta transformación es la simulación que a menudo caracteriza las prácticas educativas actuales. La falta de apropiación de un significado amplio de calidad puede llevar a que las instituciones educativas implementen cambios superficiales sin un verdadero compromiso con una mejora sustancial. Esto puede manifestarse en programas que aparentan ser innovadores pero que no abordan las necesidades reales del alumnado ni responden a las demandas del contexto social. Por lo tanto, es esencial fomentar una cultura institucional que valore la reflexión crítica sobre las prácticas educativas. Por tal motivo, Chacón (2019) plantea que:

Esto implica la creación de prácticas educativas pensadas, reflexionadas y con intención pedagógica, que permitan encontrar sentido y significado a lo que se hace en la escuela, para no caer en la repetición y en la anulación de los sujetos, de sus búsquedas, aprendizajes y acción política (p. 38).

Además, es importante considerar cómo las políticas educativas pueden influir en esta búsqueda por una mejor comprensión de la calidad educativa. Las normativas deben promover enfoques integrales que reconozcan la diversidad cultural y social presente en cada comunidad educativa. Esto implica diseñar políticas flexibles que permitan adaptar las estrategias educativas a las particularidades locales sin perder de vista los objetivos globales relacionados con la calidad. La participación activa de todos los actores involucrados en el proceso educativo será fundamental para garantizar que estas políticas sean efectivas.

Abordar el concepto de calidad educativa desde una perspectiva amplia e inclusiva es esencial para responder adecuadamente a los retos contemporáneos. La evolución histórica del término nos muestra cómo ha pasado de enfocarse únicamente en resultados académicos a considerar aspectos más amplios relacionados con la formación integral del estudiante. Para lograr una verdadera transformación en los procesos educativos es necesario clarificar este concepto y consensuarlo entre todos los actores involucrados. Solo así podremos trascender las limitaciones actuales y construir un sistema educativo capaz de formar individuos competentes y comprometidos con su sociedad.

Este análisis resalta la importancia de seguir investigando sobre el concepto de calidad educativa desde diversas perspectivas teóricas y prácticas. La construcción colectiva del significado permitirá no solo enriquecer nuestras comprensiones sobre lo que significa educar con calidad sino también guiar acciones concretas hacia una educación más justa e inclusiva. En un mundo cada vez más interconectado e incierto, redefinir nuestra concepción sobre calidad educativa se convierte en un imperativo ético y práctico para garantizar un futuro sostenible para todos.

La preocupación por la clarificación del concepto de calidad educativa es válida y se ha vuelto un tema central en el debate sobre las reformas educativas a nivel internacional. A pesar de la existencia de numerosos estudios que abordan este concepto, las reformas implementadas en las últimas décadas han mostrado resultados insatisfactorios, generando desencanto entre diversos sectores de la sociedad (Bolívar,

2005; Casanova, 2012; Monarca, 2012). Este desencanto puede atribuirse a una desconexión entre los objetivos declarados de estas reformas y su implementación real en las aulas, lo que ha llevado a una percepción generalizada de que los sistemas educativos no están cumpliendo con su misión de formar ciudadanos íntegros y críticos.

En tal sentido, Monarca (2012) plantea que:

Dicha situación obedece a que los sistemas educativos siguen lineamientos de diferentes perspectivas curriculares sin articulación alguna o hasta contradictorios entre sí, lo cual conlleva a que no se tenga firmeza en el establecimiento de procesos formativos de los diversos actores de una comunidad educativa acorde con los retos de la sociedad del conocimiento (p. 47).

Uno de los problemas más evidentes es que muchos sistemas educativos siguen lineamientos curriculares que carecen de una articulación coherente. Esto significa que diferentes enfoques y modelos educativos se superponen sin una integración efectiva, lo que genera confusión tanto en docentes como en estudiantes. La falta de claridad en los objetivos formativos y en las competencias a desarrollar dificulta la creación de un proceso educativo cohesivo y significativo. Como resultado, los actores involucrados en la educación pueden sentirse perdidos ante un panorama educativo fragmentado y contradictorio.

Además, esta falta de articulación entre perspectivas curriculares puede llevar a una ineficacia en la formación de los diversos actores dentro de la comunidad educativa. Martínez et al. (2017) señalan que, para enfrentar los retos impuestos por la sociedad del conocimiento, es fundamental establecer procesos formativos claros y alineados con

las necesidades actuales. Sin embargo, cuando las reformas educativas se implementan sin considerar el contexto específico y las realidades locales, se corre el riesgo de crear un sistema educativo que no responde adecuadamente a las demandas del entorno social y económico.

El desencanto social también puede estar relacionado con la percepción de que las reformas educativas son impulsadas más por intereses políticos o económicos que por un verdadero compromiso con la mejora educativa. En muchos casos, estas reformas parecen ser reacciones a crisis específicas o presiones externas, como informes internacionales sobre rendimiento académico, sin un análisis profundo sobre lo que realmente implica mejorar la calidad educativa. Esta falta de enfoque genuino hacia el desarrollo integral del estudiante contribuye al descontento generalizado respecto a los resultados obtenidos. En tal sentido, López (2015) plantea que:

Además, se tiende a seguir perspectivas de la calidad educativa de otras regiones diferentes a la latinoamericana, con mayor énfasis en procesos de desempeño cognitivo, así como en los planes administrativos y académicos orientados a la certificación y la acreditación, sin brindarle atención a la transformación del entorno, que es lo más urgente (p. 58).

Por otro lado, es importante reconocer que el contexto global actual presenta desafíos únicos que requieren respuestas innovadoras y adaptativas por parte de los sistemas educativos. La rápida evolución tecnológica, junto con cambios sociales profundos, demanda una educación que no solo transmita conocimientos, sino que también fomente habilidades críticas como el pensamiento crítico, la creatividad y la



colaboración. Sin embargo, si las reformas educativas continúan siendo inconsistentes o mal implementadas, será difícil lograr estos objetivos. En este sentido, es crucial promover un diálogo abierto entre todos los actores involucrados en el proceso educativo: educadores, administradores escolares, padres y estudiantes.

Este diálogo debe centrarse en construir una visión compartida sobre lo que significa calidad educativa en el contexto actual. Solo mediante una colaboración efectiva se podrá avanzar hacia un modelo educativo más coherente y alineado con las necesidades reales de la sociedad. Para abordar esta problemática es necesario realizar un análisis crítico continuo sobre las políticas educativas implementadas y sus efectos reales en el aula. Esto implica no solo evaluar resultados académicos cuantitativos sino también considerar aspectos cualitativos relacionados con el bienestar emocional y social de los estudiantes. Al hacerlo, se podrá avanzar hacia una educación más integral que realmente prepare a los ciudadanos para enfrentar los desafíos del siglo XXI.

Clarificar el concepto de calidad educativa es esencial para guiar efectivamente las reformas educativas hacia un futuro más prometedor. Sin embargo, esto requiere un compromiso colectivo para superar la fragmentación actual y construir un sistema educativo coherente que responda a las exigencias contemporáneas. Solo así se podrá transformar el desencanto social en confianza renovada hacia la educación como motor del desarrollo humano y social. La necesidad de explorar enfoques alternativos sobre la calidad educativa es fundamental, especialmente en el contexto latinoamericano, donde los desafíos sociales, económicos y culturales son complejos y multifacéticos. En este

---

sentido, el enfoque socioformativo se presenta como una alternativa prometedora que ha sido desarrollada desde 2012 por diversos equipos de investigación en la región (Tobón, 2012). Este enfoque busca no solo analizar y comprender la calidad educativa, sino también gestionarla de manera que responda a las realidades y necesidades específicas de las comunidades latinoamericanas. Según Tobón (2012)

explorar otros enfoques sobre la calidad educativa que sirvan como alternativa para el análisis, la comprensión y la gestión de esta, teniendo en cuenta los retos de la sociedad latinoamericana. En esta línea de trabajo se viene desarrollando el enfoque socioformativo de manera colaborativa, a través de diversos equipos de investigación en varios países de la región, quienes, mediante la sistematización de experiencias concretas de transformación social por medio de la educación, en complemento con procesos científicos, han fortalecido sus principios, ejes conceptuales y procedimientos metodológicos, ofreciendo alternativas para abordar la formación y la evaluación del aprendizaje (p. 74).

El enfoque socioformativo se basa en la sistematización de experiencias concretas de transformación social a través de la educación. Esto implica un proceso colaborativo en el que diferentes actores educativos trabajan juntos para identificar problemas locales y desarrollar soluciones efectivas. Al integrar procesos científicos con prácticas educativas, este enfoque fortalece sus principios y ejes conceptuales, ofreciendo un marco sólido para abordar tanto la formación como la evaluación del aprendizaje. Esta perspectiva permite que los educadores no solo se centren en los resultados académicos, sino que también consideren el impacto social de su labor.

Uno de los aspectos más destacados del enfoque socioformativo es su capacidad para gestionar el currículo y administrar las instituciones educativas de manera más pertinente. En lugar de seguir modelos rígidos que pueden no ser relevantes para el

contexto local, este enfoque promueve una adaptación del currículo que responda a las necesidades y características específicas de cada comunidad. Esto es especialmente importante en América Latina, donde la diversidad cultural y social requiere una atención particular para garantizar que todos los estudiantes tengan acceso a una educación significativa y relevante.

Además, el enfoque socioformativo trasciende conceptos tradicionales como eficiencia, eficacia y efectividad al centrarse en la pertinencia educativa. Según Tobón (2013), este enfoque busca mejorar las condiciones de vida de todos los actores sociales mediante actividades colaborativas. Esto significa que la calidad educativa no se mide únicamente por indicadores cuantitativos, sino también por su capacidad para generar cambios positivos en la vida de las personas y en sus comunidades. La colaboración entre estudiantes, docentes y otros miembros de la sociedad se convierte así en un eje central para lograr una educación transformadora. Según Tobón (2013):

para gestionar el currículo, administrar las instituciones educativas y promover el cambio en la sociedad considerando los problemas del contexto. Respecto a la calidad educativa, desde la perspectiva socioformativa se trasciende el concepto de eficiencia, eficacia y efectividad, enfocándose más en la pertinencia para mejorar las condiciones de vida de todos los actores sociales mediante actividades colaborativas (p. 26).

La implementación del enfoque socioformativo también implica un cambio en las dinámicas evaluativas. En lugar de enfocarse exclusivamente en exámenes estandarizados o calificaciones numéricas, se promueve una evaluación formativa que considere el proceso de aprendizaje integral del estudiante. Esto incluye aspectos como

el desarrollo personal, social y emocional, así como la capacidad para trabajar en equipo y resolver problemas comunitarios. De esta manera, se fomenta un aprendizaje más holístico que prepara a los estudiantes no solo para el ámbito académico sino también para su vida cotidiana.

Asimismo, este enfoque permite promover un cambio significativo en la sociedad al vincular directamente la educación con las problemáticas locales. Al involucrar a los estudiantes en proyectos comunitarios o iniciativas sociales, se les brinda la oportunidad de aplicar lo aprendido en contextos reales y contribuir activamente al bienestar colectivo. Esta conexión entre educación y acción social refuerza el papel transformador que puede tener la educación en América Latina. Explorar enfoques alternativos sobre la calidad educativa es esencial para enfrentar los retos específicos que presenta la sociedad latinoamericana.

El enfoque socioformativo ofrece una perspectiva valiosa al centrarse en la pertinencia educativa y fomentar actividades colaborativas que mejoren las condiciones de vida de todos los actores sociales. A través de este enfoque, es posible avanzar hacia una educación más inclusiva y transformadora que responda a las necesidades reales de las comunidades latinoamericanas. Por tal motivo, adoptar el enfoque socioformativo puede ser un paso crucial hacia una redefinición del concepto de calidad educativa que vaya más allá de métricas tradicionales. Al hacerlo, se abre un camino hacia una educación más equitativa y relevante que empodere a los estudiantes como agentes activos del cambio social. Por otra parte, Zorrilla (2010) plantea que:

La calidad educativa se encuentra alineada con el discurso de las políticas educativas, a su vez estas son definidas como el conjunto de decisiones y acciones tendientes a lograr cambios dentro de un sistema educativo para reestructurar la visión y ejecución de los procesos formativos en Colombia (p. 54).

La calidad educativa está intrínsecamente relacionada con el discurso de las políticas educativas, que se definen como el conjunto de decisiones y acciones orientadas a lograr cambios dentro de un sistema educativo (Vázquez, 2015; Zorrilla, 2010). Esta relación sugiere que las políticas educativas no son solo un marco normativo, sino que también reflejan las aspiraciones y necesidades de los sistemas educativos en diferentes contextos. A nivel global, estas políticas se han visto influenciadas por recomendaciones emitidas por organismos internacionales, lo que ha llevado a una homogeneización en la forma en que se aborda la calidad educativa en distintos países.

Las recomendaciones de organismos internacionales como la UNESCO, la OCDE y el Banco Mundial han tenido un impacto significativo en la formulación de políticas educativas en diversas naciones. Por ejemplo, el Informe a la UNESCO presentado por Jacques Delors (1996) enfatiza la importancia de una educación integral que fomente no solo el conocimiento académico, sino también habilidades para la vida y valores éticos. Este enfoque ha sido adoptado por muchos países como un modelo a seguir para mejorar sus sistemas educativos. Sin embargo, es crucial cuestionar si estas recomendaciones realmente responden a las realidades locales o si simplemente se implementan como una respuesta a presiones externas.

El Acuerdo de cooperación entre Colombia y la OCDE para mejorar la calidad de la educación en las escuelas mexicanas (OCDE, 2010) es otro ejemplo claro de cómo las políticas educativas pueden estar alineadas con estándares internacionales. Este acuerdo busca implementar prácticas basadas en evidencia para elevar los niveles educativos del país. Sin embargo, surge la pregunta sobre cómo estas estrategias se adaptan a las particularidades culturales y sociales del contexto mexicano. La implementación efectiva de tales políticas requiere no solo un compromiso político, sino también una comprensión profunda de las dinámicas locales.

Asimismo, las estrategias propuestas por el Banco Mundial para promover el desarrollo económico a través de la educación (World Bank, 2011) reflejan una visión utilitarista de la educación que puede desdibujar su función social más amplia. Al centrar el enfoque en el desarrollo económico, existe el riesgo de que se prioricen ciertos tipos de conocimientos y habilidades sobre otros que son igualmente importantes para formar ciudadanos críticos y comprometidos. Es importante reconocer, que, aunque estas políticas pueden ofrecer directrices valiosas, su éxito depende en gran medida del contexto específico en el que se implementan. Las realidades sociales, culturales y económicas varían significativamente entre países e incluso dentro de regiones del mismo país. Por lo tanto, es fundamental adaptar las recomendaciones internacionales a las necesidades locales para garantizar que realmente contribuyan a mejorar la calidad educativa.

Además, es esencial involucrar a todos los actores del sistema educativo en el proceso de formulación e implementación de políticas educativas. La participación activa de estos grupos puede ayudar a asegurar que las decisiones tomadas sean pertinentes y efectivas. Esto también fomenta un sentido de pertenencia y responsabilidad compartida hacia los objetivos educativos establecidos. Por ende, la calidad educativa está profundamente interconectada con el discurso y las decisiones tomadas en torno a las políticas educativas. Si bien las recomendaciones internacionales pueden proporcionar un marco útil para abordar los desafíos educativos actuales, es crucial adaptarlas al contexto local y fomentar una participación inclusiva en su implementación. Solo así se podrá avanzar hacia una educación verdaderamente transformadora que responda a las necesidades específicas de cada sociedad. En tal sentido, Martínez et al., (2017) señala que:

las políticas educativas deben ser construidas de manera colaborativa por los actores que interactúan en un sistema educativo como políticos, directivos escolares, docentes, padres de familia, alumnos y demás instituciones sociales, con la intención de tomar decisiones e implementar acciones tendientes en buscar la formación integral de todos los miembros de una comunidad educativa, así como la resolución de sus problemáticas existentes en su contexto (p. 13).

Las políticas educativas en el marco del discurso de calidad deben ser entendidas como un proceso dinámico y colaborativo que involucra a todos los actores que interactúan en un sistema educativo. Esto incluye no solo a los políticos y directivos escolares, sino también a docentes, padres de familia, alumnos y otras instituciones sociales. La participación activa de estos grupos es fundamental para garantizar que las

decisiones tomadas reflejen las necesidades y aspiraciones de la comunidad educativa en su conjunto. Al involucrar a todos los actores, se fomenta un sentido de pertenencia y responsabilidad compartida hacia el proceso educativo, lo que puede resultar en una implementación más efectiva de las políticas.

La construcción colaborativa de políticas educativas permite abordar de manera integral las problemáticas existentes en el contexto local. Cada actor aporta una perspectiva única basada en su experiencia y conocimiento del entorno, lo que enriquece el proceso de toma de decisiones. Por ejemplo, los docentes pueden ofrecer información valiosa sobre las dificultades que enfrentan en el aula, mientras que los padres pueden compartir sus preocupaciones sobre el bienestar y desarrollo de sus hijos. Esta diversidad de voces es esencial para identificar soluciones adecuadas y contextualizadas que respondan a las realidades específicas de la comunidad.

Además, al reflexionar sobre las políticas educativas desde una perspectiva colaborativa, se establece un espacio para el diálogo y la negociación entre los diferentes actores. Este diálogo es crucial para construir consensos sobre los objetivos educativos y las estrategias necesarias para alcanzarlos. La reflexión conjunta permite cuestionar supuestos previos y desafiar enfoques tradicionales que pueden no ser efectivos en el contexto actual. De esta manera, se promueve una cultura de mejora continua donde las políticas son constantemente evaluadas y ajustadas según sea necesario. Por ello, Vázquez (2015) argumenta:



las políticas educativas deben ser reflexionadas por los actores en su conjunto, y así establecer estrategias que permitan su mejora continua en la búsqueda del tipo de sociedad que se quiere construir y de las características que debe tener la educación para su consecución (p. 74).

La búsqueda de la formación integral de todos los miembros de la comunidad educativa debe ser un objetivo central en la construcción de políticas educativas. Esto implica no solo enfocarse en el rendimiento académico, sino también considerar aspectos emocionales, sociales y éticos del desarrollo humano. Las políticas deben promover un aprendizaje significativo que prepare a los estudiantes para enfrentar los desafíos del siglo XXI, fomentando habilidades como el pensamiento crítico, la creatividad y la colaboración. Al hacerlo, se contribuye a formar ciudadanos comprometidos con su comunidad y capaces de participar activamente en la construcción de una sociedad más justa e inclusiva.

Asimismo, es importante reconocer que las políticas educativas no pueden ser estáticas; deben evolucionar junto con las necesidades cambiantes de la sociedad. La reflexión continua por parte de todos los actores permite identificar áreas de mejora y adaptar estrategias según sea necesario. Esto requiere un compromiso constante con la evaluación y retroalimentación sobre la efectividad de las políticas implementadas. Solo así se podrá garantizar que estas respondan adecuadamente a los retos emergentes y contribuyan al desarrollo integral de los estudiantes.

El papel del liderazgo educativo también es fundamental en este proceso colaborativo. Los directivos escolares deben actuar como facilitadores del diálogo entre los diferentes actores, promoviendo un ambiente donde todas las voces sean escuchadas y valoradas. Un liderazgo efectivo puede inspirar confianza y motivación entre docentes, padres y alumnos, creando un clima propicio para la innovación y el cambio positivo dentro del sistema educativo. Además, este liderazgo debe estar alineado con una visión clara sobre el tipo de educación que se desea construir. En tal sentido, López (2015) plantea que:

Para los organismos internacionales las reformas con más trascendencia en la región fueron la operación de un nuevo modelo de organización y gestión del sistema y de la escuela, por medio de la descentralización y de la autonomía escolar. Con estas acciones se pretendía reducir los gastos del gobierno en educación

Por otro lado, es esencial considerar cómo las instituciones sociales externas al ámbito educativo pueden contribuir al desarrollo e implementación de políticas educativas efectivas. Organizaciones comunitarias, empresas locales e incluso organismos gubernamentales pueden jugar un papel importante al ofrecer recursos adicionales o colaborar en proyectos específicos que beneficien a la comunidad educativa. Esta colaboración interinstitucional puede enriquecer aún más el proceso educativo al proporcionar oportunidades prácticas para aplicar lo aprendido en contextos reales.

La construcción colaborativa de políticas educativas es clave para lograr una educación de calidad que responda a las necesidades específicas de cada comunidad. Involucrar a todos los actores relevantes no solo fortalece el proceso democrático dentro del sistema educativo, sino que también asegura que las decisiones tomadas sean pertinentes y efectivas. Al reflexionar conjuntamente sobre las problemáticas existentes y establecer estrategias claras para su resolución, se avanza hacia una formación integral que prepare a todos los miembros de la comunidad educativa para contribuir activamente al desarrollo social y cultural del entorno en el que viven.

En este plano, emergen los conceptos de eficacia, eficiencia y acreditación son frecuentemente utilizados en el discurso sobre la calidad educativa, pero es fundamental entender que cada uno de ellos tiene un significado específico y distinto. Esta diferenciación es crucial para poder abordar adecuadamente los desafíos que enfrenta el sistema educativo y para implementar políticas que realmente mejoren la calidad de la educación. A continuación, se analizan estos conceptos en detalle.

La eficacia se refiere a la capacidad de alcanzar los objetivos o metas propuestas dentro del ámbito educativo. Según Egido (2005), “una institución educativa es considerada eficaz si logra cumplir con los aprendizajes esperados por sus estudiantes. Este concepto está estrechamente relacionado con los resultados académicos y el rendimiento estudiantil” (p. 37). Si una escuela establece como meta que sus alumnos alcancen un determinado nivel de competencia en matemáticas y logra que la mayoría de sus estudiantes lo consigan, se puede afirmar que esa institución es eficaz. Sin

embargo, la eficacia no necesariamente implica que se estén utilizando los recursos de manera óptima o que se esté considerando el contexto social y cultural de los estudiantes.

Por otro lado, la eficiencia en el ámbito educativo, según Blanco (2008), se refiere a “cómo se asignan y utilizan los recursos disponibles para lograr los objetivos educativos. Esto implica no solo la cantidad de recursos asignados, sino también su distribución y uso adecuado” (p. 29). Una institución puede ser eficaz al lograr sus metas educativas, pero si lo hace gastando más recursos de los necesarios o sin optimizar su uso, no se consideraría eficiente. La eficiencia busca maximizar el impacto educativo con el menor costo posible, lo cual es especialmente relevante en contextos donde los recursos son limitados. Por lo tanto, mientras que la eficacia se centra en el logro de resultados, la eficiencia evalúa cómo esos resultados se alcanzan.

La acreditación, por su parte, es un proceso formal y riguroso mediante el cual una institución educativa recibe un reconocimiento público sobre la calidad de su desempeño. Según Egido y Haug (2006), este proceso implica una evaluación externa realizada por organismos acreditadores que analizan diversos aspectos del funcionamiento institucional. La acreditación puede aplicarse tanto a programas específicos como a instituciones completas (Pires y Lemaitre, 2008). Este reconocimiento no solo valida la calidad educativa ante la sociedad, sino que también puede influir en la percepción pública sobre la institución y su capacidad para atraer estudiantes.

Es importante destacar que, aunque estos tres conceptos están relacionados con la calidad educativa, no son intercambiables ni deben ser considerados sinérgicamente como sinónimos. La eficacia puede existir sin eficiencia; una escuela puede lograr buenos resultados académicos, pero hacerlo a un alto costo económico o social. De igual manera, una institución puede ser eficiente en el uso de recursos, pero no alcanzar las metas educativas deseadas. La acreditación proporciona un marco externo para evaluar tanto la eficacia como la eficiencia, pero no garantiza automáticamente que una institución sea capaz de adaptarse a las necesidades cambiantes del contexto educativo.

Además, al centrarse únicamente en estos indicadores tradicionales de calidad educativa se corre el riesgo de perder de vista otros aspectos igualmente importantes del proceso educativo. Aunque eficacia, eficiencia y acreditación son términos relevantes dentro del discurso sobre calidad educativa, cada uno tiene un significado particular que debe ser comprendido en su propio contexto. Para avanzar hacia una educación verdaderamente de calidad es necesario ir más allá de estas métricas tradicionales e incorporar enfoques más amplios que consideren las diversas necesidades y realidades del entorno educativo. Solo así será posible construir sistemas educativos más inclusivos y efectivos que respondan adecuadamente a las demandas sociales actuales. En un sentido más amplio, Rodríguez (2010) señala que:

Desde la perspectiva socioformativa, se propone un cambio del concepto, enfocado en que las personas aprendan a resolver problemas del contexto y mejoren las condiciones de vida en el marco de la sustentabilidad, con el fin de construir y fortalecer la sociedad del conocimiento por medio del trabajo colaborativo de los diferentes actores educativos (p. 17)

La calidad educativa es un concepto multifacético que ha sido objeto de diversas definiciones y enfoques a lo largo del tiempo. Según Casanova (2012) y Rodríguez (2010), la calidad educativa puede ser entendida desde diferentes dimensiones que abarcan aspectos tanto cuantitativos como cualitativos del proceso educativo. Estas dimensiones permiten una evaluación más integral de los sistemas educativos, considerando no solo los resultados académicos, sino también el contexto social y cultural en el que se desarrollan. Una de las dimensiones clave de la calidad educativa es la eficacia, que se refiere a la capacidad de un sistema educativo para alcanzar los objetivos y metas establecidos. Esto incluye el logro de aprendizajes significativos por parte de los estudiantes, así como su preparación para enfrentar desafíos en su vida personal y profesional. La eficacia implica que los estudiantes no solo adquieran conocimientos, sino que también desarrollen habilidades prácticas que les permitan aplicar lo aprendido en situaciones reales.

Otra dimensión importante es la eficiencia, que se relaciona con el uso óptimo de los recursos disponibles en el sistema educativo. Esto abarca tanto los recursos financieros como humanos y materiales. La eficiencia busca maximizar el impacto educativo minimizando costos, lo cual es especialmente relevante en contextos donde los recursos son limitados. Un sistema educativo eficiente es aquel que logra buenos resultados sin desperdiciar recursos, asegurando así la sostenibilidad del proceso educativo. La pertinencia es otra dimensión esencial, ya que se refiere a la relevancia del contenido educativo en relación con las necesidades y realidades del contexto social

y cultural. Desde la perspectiva socioformativa, esta dimensión cobra especial importancia, ya que se propone un enfoque centrado en la resolución de problemas del entorno. Esto implica que la educación debe estar alineada con las demandas del mercado laboral, así como con las expectativas sociales y culturales de la comunidad.

Rodríguez (2010) señala que:

la postura socioformativa es clara: una escuela, organización, región o país muestran calidad educativa cuando tienen impacto en la resolución de los problemas prioritarios de los ciudadanos y la comunidad; Por tal motivo, se da paso a reconocer que la idea de estructuración de calidad emerge de la visión de política y colaboración (p.36).

La equidad también debe ser considerada al evaluar la calidad educativa. Esta dimensión se refiere a la igualdad de oportunidades para todos los estudiantes, independientemente de su origen socioeconómico, género o ubicación geográfica. Un sistema educativo equitativo garantiza que todos los estudiantes tengan acceso a una educación de calidad y puedan desarrollar su potencial al máximo. La equidad es fundamental para construir sociedades justas e inclusivas. El trabajo colaborativo entre diferentes actores educativos es otro aspecto central en esta nueva concepción de calidad educativa. La construcción del conocimiento no debe ser un esfuerzo aislado; requiere la participación activa de docentes, estudiantes, padres de familia e instituciones sociales. Este enfoque colaborativo permite enriquecer el proceso educativo mediante el intercambio de ideas y experiencias, promoviendo así un aprendizaje más significativo y contextualizado.

Finalmente, es crucial considerar cómo estas dimensiones interrelacionadas pueden contribuir a fortalecer una sociedad del conocimiento. En un mundo cada vez más interconectado y complejo, es fundamental formar ciudadanos críticos e informados que sean capaces de adaptarse a cambios rápidos y contribuir al desarrollo sostenible de sus comunidades. La calidad educativa debe ser entendida como un proceso continuo que busca no solo mejorar los resultados académicos, sino también transformar realidades sociales a través del aprendizaje significativo. Definir y delimitar las dimensiones de la calidad educativa implica reconocer su complejidad e interrelación. Al adoptar un enfoque socioformativo centrado en la resolución de problemas contextuales y el trabajo colaborativo, se puede avanzar hacia una educación más pertinente y equitativa que responda adecuadamente a las necesidades actuales y futuras de las sociedades.



## REFERENCIAS

- Blanco, R. (2008). Eficacia escolar desde el enfoque de calidad de la educación. Santiago de Chile, Chile: UNESCO/LLECE.
- Bolívar, A. (2005). ¿Dónde situar los esfuerzos de mejora?: política educativa, escuela y aula. *Educação e Sociedade*, 26 (92), 859-888.
- Casanova, M. A. (2012). El diseño curricular como factor de calidad educativa. *REICE: Revista Iberoamericana Sobre Calidad, Eficacia y Cambio en Educación*, 10 (4), 6-20.
- Delors, J. (1996). La educación encierra un tesoro. Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la educación para el siglo XXI. Madrid, España: Santillana.
- Egido, I. (2005). Reflexiones en torno a la evaluación de la calidad educativa. *Tendencias pedagógicas*, 10, 17-28.
- Egido, I. y Haug, G. (2006). La acreditación como mecanismo de garantía de la calidad: tendencias en el Espacio Europeo de Educación Superior. *Revista Española de Educación Comparada*, 12, 81-112.
- Granja, J. (1998). Formaciones conceptuales en educación. Ciudad de México, México.
- López, A. (2015). El enfoque por competencias. Una perspectiva desde la complejidad para los sistemas educativos terciarios. *Revista Ciencias Humanas*, 12, 21-29.
- Martínez, J. E., Tobón, S. y Romero, A. (2017). Problemáticas relacionadas con la acreditación de la calidad de la educación superior en América Latina. *Innovación Educativa*, 17 (73), 79-96.
- Martínez, J. E., Tobón, S., Zamora, L. y López, E. (2017). Currículo socioformativo: una propuesta formativa para la sociedad del conocimiento. Falta ciudad, México: Plaza y Valdés Editores/Sociedad Mexicana de Educación Comparada.
- Monarca, H. A. (2012). La influencia de los sistemas nacionales de evaluación en el desarrollo del currículo. *Perfiles Educativos*, 34 (135), 164-176.
- Navarrete-Cazales, Z. (2017). Una revisión histórica del concepto identidad desde la perspectiva del Análisis Político de Discurso. Ciudad de México.

- OCDE. (2010). Acuerdo de cooperación Colombia-OCDE para mejorar la calidad de la educación de las escuelas colombianas. Colombia: OCDE.
- OCDE. (2017). PISA 2015 Assessment and analytical framework: science, reading, mathematic, financial literacy and collaborative problem solving. París, France: OCDE.
- Pires, S. y Lemaitre, M. J. (2008). Sistemas de acreditación y evaluación de la educación superior en América Latina y el Caribe. Caracas, Venezuela: IESALC-UNESCO.
- Rodríguez, W. (2010). El concepto de calidad educativa: una mirada crítica desde el enfoque históricocultural. Actualidades Investigativas en Educación, 10 (1), 1-28.
- Tobón, S. (2012). Modelo pedagógico basado en competencias. Medellín, Colombia: FUNORIE.
- Tobón, S. (2013). Formación integral y competencias. Pensamiento complejo, currículo, didáctica y evaluación. Bogotá, Colombia: Ecoe Ediciones.
- Vázquez, M. G. (2015). La calidad de la educación. Reformas educativas y control social en América Latina. Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos, 60, 93-124.
- World Bank. (2011). Learning for all: investing in people's knowledge and skills to promote development. Education strategy 2020. Washington, DC: World Bank.
- Zorrilla, M. (2010). Investigación educativa, políticas públicas y práctica docente. Triángulo de geometría desconocida. REICE: Revista Iberoamericana sobre Calidad, Eficacia y Cambio en Educación, 8 (2), 74-92.